

existe para ellas y gracias a ellas, pero también lo hace además de ellas. Jean Monnet acostumbraba a decir que no es suficiente hacer una suma de los diversos estados soberanos; el hombre tenía que crear la nueva Europa. Ahora se encuentran en este proceso creador, lento y, a veces, doloroso. Esta Europa, esta entidad del futuro, tiene naturaleza orgánica. Por el momento, su posible tamaño, potencia y actitud son solamente objeto de conjetura. Pero se corre el riesgo de no reconocer el sentido de destino que anima esta evolución.

Nuestro Gobierno reconoce este hecho naciente y nosotros lo aplaudimos. Lo aplaudimos la semana pasada en Bruselas, al igual que lo hicimos hace dos años con ocasión de la entrada de Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca en la Comunidad. Estas muestras de comprensión han matizado la forma de aceptar nuestro acercamiento actual a la Comunidad Europea. Esta iniciativa no representa, ni más ni menos que buscar los medios de ponerse en relación con la Comunidad en una empresa dinámica y cooperativa.

Deseamos añadir una nueva dimensión, aunque paralela, de los vínculos cada vez más amplios que estamos creando con nuestros asociados de los nueve países miembros. Esta relación seguirá creciendo a medida que la Comunidad pase de la infancia a su adolescencia y plena madurez. Esta relación reconocerá los intereses de Canadá y su identidad propia y lo reflejará en sus decisiones. Esta relación aceptará la consulta y asesoramiento recíprocos, siendo una relación de respeto mutuo, de dar y tomar.

Hay cierta novedad en todo esto. Comprensiblemente, la Comunidad está lejos de conocer con certeza la forma que adoptará, las facultades que se le atribuirán o los poderes que poseerá en los años venideros. Canadá no tiene voz en esto. Es una tarea europea. Con todo, hay una cosa cierta. Es que esta nueva Europa que ya acapara el 20% del comercio mundial tendrá un papel cada vez más importante en la escena mundial: en el comercio, las ciencias, las actividades

económicas y financieras, la tecnología y otros muchos campos. Siendo esto así, el Gobierno Canadiense pecaría de falta de responsabilidad si no buscara relaciones características con ella. No cabe duda que se podría conseguir esto por caminos más conocidos, si esperásemos unos años, tal como ha decidido, al parecer, la mayoría de países. Pero esto ignoraría las ventajas de entablar relaciones tempranas con la Comunidad; desdeñaría el espíritu creador imperante en la Comunidad, al que deseamos contribuir. No creemos en lo fácil y lo cómodo; creemos en el bien de Canadá.

Comunidad Económica Europea

La Comisión europea comparte este deseo, esta técnica y este objetivo. Nuestras conversaciones con el Presidente Ortoli, el Vicepresidente Soames y otros comisarios no dejaron ninguna duda al respecto. Hubo una notable concordancia de pensamientos, tanto en lo que se refiere a la concepción de esta nueva relación, como a los pasos iniciales para ponerla en marcha. Será un largo proceso, pero debemos comenzar. Como resultado de mis conversaciones en Bruselas, se convino en iniciar un nuevo proceso que entrañase medidas concretas para robustecer los vínculos entre Canadá y la Comunidad Europea. Se convino en mantener próximamente conversaciones exploratorias sobre la naturaleza y alcance de las negociaciones, con objeto de definir la forma y contenido de las relaciones establecidas.

Con este fin, se han dado instrucciones a funcionarios canadienses y de la Comunidad para que preparen inmediatamente las reuniones. Además, el Presidente de la Comisión aceptó visitar Ottawa en breve plazo. También me satisface que, en 1975, se abrirá en Ottawa una delegación de la misma naturaleza que las existentes en Washington y Tokio.

Consulado General en Estrasburgo

Invito a todos los señores diputados